

aquí un argumento en favor de la herencia. Esos espíritus salvajes son como tierras incultas que únicamente el trabajo sucesivo de las generaciones puede hacer fructíferas. Por esto es por lo que en la India, los hijos de los brahmanes, pertenecientes á una clase que es culta de mucho tiempo atrás, muestran inteligencia, penetración y dócilidad, mientras que, á juicio de los misioneros, los hijos de otras castas les son bien inferiores en esta relación.

No se le quita á una nación impunemente una parte de sus hombres más inteligentes y más atrevidos, pues ésta es una selección al revés cuyas consecuencias son deplorables. «Por medio de los suplicios y de las prisiones, dice Galton, la nación española ha sido vaciada (*drained*) de libres pensadores á razón de mil personas por año, durante los tres siglos que van de 1471 á 1781; 100 personas por término medio han sido ejecutadas y 900 aprisionadas cada año durante este periodo. Han sido quemadas vivas 32.000 personas, 17.000 quemadas en efigie (la mayor parte de éstas han muerto en la prisión ó han huído de España), y 291.000 condenadas á prisión ó á otras penas. Es imposible que una nación resista una política semejante sin llegar á una profunda debilitación de la raza: así ha dado por resultado manifiesto la formación de la raza ininteligente y supersticiosa de la España contemporánea.»

Sin acumular otros ejemplos, podemos terminar con estas notables palabras de Spencer, que resumen las consecuencias intelectuales de la herencia al mismo tiempo que sus condiciones orgánicas: «el cerebro humano es un registro organizado de experimentos infinitamente numerosos, obtenidos durante la evolución de la vida, y más bien durante la evolución de esta serie de organismos que se ha trascurrido, antes de llegar al organismo humano. Los efectos de los experimentos más uniformes y más frecuentes, han sido

legados, capital é intereses, y han adquirido lentamente este grado de inteligencia elevada que hay en estado latente en el cerebro del niño. El niño en su vida ulterior, la ejercita, tal vez la aumenta en fuerza ó complejidad, y la lega con pequeñas adiciones á las generaciones futuras. Así sucede que el europeo hereda veinte ó treinta pulgadas cúbicas de cerebro más que el Papú. Así sucede que facultades como la de la música, que existen apenas en algunas razas inferiores, llegan á ser congénitas en las razas superiores. Y así sucede, por último, que de esos salvajes incapaces de contar el número de sus dedos, y que hablan una lengua que no tiene más que nombres y verbos, salgan á la larga nuestros Newton y nuestros Shakespeare.»

## V

Todo lo que se acaba de decir de la inteligencia puede aplicarse á los sentimientos. Hemos anticipado un poco sobre este asunto, pues no era posible tomar hechos de la historia, sin que fuesen concretos y sintéticos; es decir, mezclados de sentimientos y de ideas: no hay más que el método analítico de la psicología, que separa estos dos elementos, casi siempre íntimamente unidos.

La mayor parte de las cosas que nosotros pensamos ó percibimos, al mismo tiempo que nos son conocidas, producen en nosotros un estado agradable ó desagradable; es decir, un sentimiento. Aunque se les clasifique bajo el título general de placer y dolor, los sentimientos son infinitos en número, en matices, en intensidad, etc. Se puede decir que todo sentimiento implica un conocimiento, confuso por lo menos, aparte de aquellos modos completamente inferiores de la actividad sensitiva, que no son apenas más que instintos. En esta región ínfima de lo inconsciente, el sentimiento y el pensamiento parecen confundidos en una

unidad indiscernible, donde ninguno de nuestros medios de conocimiento los contempla directamente. Pero desde que la conciencia se despierta, el sentimiento tiene siempre un objeto; está siempre relacionado con una causa conocida ó supuesta; acompaña al conocimiento y lo envuelve, y es como su irradiación. Por esto la evolución de la inteligencia y la del sentimiento son paralelas. Lo mismo que la inteligencia principia por pequeñas percepciones muy sencilla, muy bastas, y después de un proceso que dura siglos, llega á ser apta para comprender el sistema del mundo ó á plantear algún problema complicado de filosofía social, así el sentimiento parte de una manifestación muy sencilla y muy general, como el amor instintivo del animal por sus pequeños, para elevarse á las formas más refinadas, más exquisitas y más sabias, al sentimiento religioso de un Schleiermacher, al sentimiento estético de un Goethe ó de un Enrique Heine. Este tránsito de lo simple á lo compuesto se hace en el sentimiento, como en la inteligencia, por una integración, por una fusión en un todo armónico de un gran número de sentimientos simples: es necesario un talento\* de análisis que la misma psicología contemporánea no parece todavía poseer, para reducir, por descomposiciones sucesivas, el sentimiento de la naturaleza, tal cual existe en los grandes poetas del siglo XIX á los sentimientos y percepciones simplicísimas que les sirven de base.

Ciertas formas de sentimiento faltan totalmente en los pueblos primitivos. En el lenguaje de los australianos no existen palabras para traducir justicia, pecado, crimen. Estos pueblos no comprenden la generosidad, ni la piedad, ni la clemencia. Consideran la venganza como un deber. Lo cual es debido á que la inteligencia no puede percibir las relaciones morales bastante complicadas de donde nacen estas nociones. — Se ha hecho notar también que ciertos sentimientos de naturaleza delicada, como la melancolía, la caridad,

el sentimiento profundo de la naturaleza, se producen bastante tarde en la historia. La causa de esto es fácil de encontrar: suponen la adquisición previa de un gran número de nociones, todas las cuales son muy complejas. Es menester que el alma humana haya tenido la idea de lo infinito, de un vago y misterioso *más allá*, para sentir el decaimiento doloroso y la emoción refinada que esta idea le produce. Es menester haber traspasado las ideas estrechas y locales de la antigüedad sobre la tribu, la ciudad y la patria para experimentar un sentimiento más amplio que se dirija á todos los hombres. Así el sentimiento de la caridad (muy antiguo por lo demás en el Oriente búdhico), nacido primero en algunas almas escogidas, filósofos ó poetas, se engrandece, se desenvuelve, y en los tres primeros siglos de la era cristiana, gracias á las ideas que se extienden y á los caracteres que se suavizan, se esparce por todo el mundo. Humboldt, en su *Cosmos*, muestra cómo el sentimiento de la naturaleza infinita no ha sido apenas conocido más que de los modernos de Occidente.

Se podría tratar de mostrar aquí, si éste fuera el lugar, que bajo cada uno de estos sentimientos complejos hay un gran número de ideas reales ó imaginarias, de las que cada una produce en el alma humana un sentimiento simple, y de la fusión de estos sentimientos simples se forma un sentimiento total; basta á nuestro objeto el haber mostrado que la evolución del sentimiento está estrechamente ligada á la de la inteligencia; porque de aquí sale la conclusión que sigue. Si la herencia es la condición del desenvolvimiento específico de la inteligencia, y si la evolución del sentimiento está en relación estrecha con la de la inteligencia, resulta que los sentimientos dependen también de la herencia. Aquí todavía el progreso se hace no solamente por el influjo externo de las costumbres, sino por el interno de la herencia.

Entre los sentimientos adquiridos y aumentados he-

reditariamente, es menester citar el del miedo, entre muchos animales salvajes. «Así, cuando las islas Falkland fueron visitadas por el hombre la primera vez, los grandes perros-lobos (*canis antarcticus*) acudieron sin temor alguno delante de los marineros de Biron... Todavía, hace poco, un hombre podía fácilmente, con un pedazo de carne en una mano y un cuchillo en la otra, degollarlos durante la noche. En una isla del mar de Aral, los antilopes, generalmente muy tímidos y muy vigilantes, en lugar de escapar miraban á los hombres con una especie de curiosidad. Al principio, sobre las costas de la isla Mauricio, el lamantino no tenía ningún miedo del hombre; lo mismo ha ocurrido en muchos sitios del globo con las focas y las morsas. Los pájaros de ciertas islas han adquirido muy lenta y hereditariamente un terror saludable con relación al hombre. «En el archipiélago de los Galápagos, dice Darwin, he podido empujar con el cañón de mi fusil á los halcones sobre una rama, y he visto á los pájaros posarse sobre un cubo de agua que les he puesto para que bebian en él (1).»

«El sentimiento de la música es considerado por M. Herbert Spencer en el número de los que se forman por acumulación hereditaria. «La asociación habitual de ciertas cadencias de la voz humana con ciertas emociones ha establecido lentamente en la raza una conexión organizada y heredada entre tales cadencias y tales emociones. La combinación de semejantes cadencias, más ó menos idealizadas (lo cual constituye la melodía), no ha adquirido una significación para el término medio de los espíritus, más que porque las cadencias mismas han adquirido una significación sólo para el término medio de los espíritus. A fuerza de oír y de practicar, la melodía ha sido adquirida y transmitida con una sensibilidad musical siem-

(1) Darwin, *Variation*, t. I, p. 22. Véase también *The descent of Man*, tomo I.

pre creciente.» Si se recuerda que Mozart, Beethoven, Hummel, Haydn y Weber eran hijos de compositores ó de músicos distinguidos; si se anota el caso sorprendente de la familia de Bach, no será apenas posible ver en éstos hechos variaciones espontáneas, sino que «será preciso ver en ello un desenvolvimiento de estructura, producido por la herencia (1).»

Colocándose en el punto de vista de la herencia de los sentimientos y de sus consecuencias, es cómo M. Galton ha lanzado sobre la Edad Media este severo juicio: «Yo creo que el largo período de tinieblas en que ha languidecido la Europa ha sido debido, en gran parte, al celibato impuesto á las Ordenes religiosas por sus votos. La condición social del tiempo era tal, que los hombres y las mujeres de naturaleza dulce, propios para los actos de caridad, para la meditación, las artes ó las letras, no tenían refugio más que en el seno de la Iglesia. Pero la Iglesia predicaba y exigía el celibato. La consecuencia fué que estas naturalezas dulces no dejaban posteridad, y que de esta manera, por una conducta tan singularmente imprudente y desastrosa, de la que apenas puedo hablar sin impaciencia, la Iglesia embruteció (*brutalized*) á nuestros padres. Obraba exactamente, como si hubiera querido escoger la parte más grosera de la sociedad, para perpetuarla en las generaciones futuras. Empleaba los medios que emplearía un ganadero para formar naturalezas feroces, brutales y estúpidas. No es extraño que la ley del más fuerte haya prevalecido en Europa durante diez siglos; lo sorprendente es que haya quedado en las venas de los europeos bastante bondad para levantar la raza al presente nivel, muy modesto, de moralidad (2).»

Sin insistir más sobre el papel de la herencia en la evolución de los sentimientos, parece más curioso

(1) Spencer, *Biology*, t. I, p. 82.

(2) Galton, p. 357.

notar aquí ciertos fenómenos de *salto atrás* ó de *atavismo*.

Nos sorprende muchas veces el ver cómo los instintos guerreros y nómadas, que caracterizan la vida salvaje, persisten entre ciertos hombres 'civilizados'; ¡cuán difícil es á ciertas naturalezas adaptarse á este medio complejo, resultante de una multitud de opiniones y costumbres, que se llama la civilización! No se puede aquí ver más que un fondo de salvajismo primitivo, conservado y reproducido por la herencia.

Así, el gusto de la guerra es uno de los sentimientos más esparcidos entre los salvajes; para ellos, vivir es batirse. Este instinto, común á todos los pueblos primitivos, no ha sido por sí mismo inútil para el progreso de la humanidad si, como es de creer, ha asegurado la victoria de las razas más inteligentes y más fuertes sobre las razas peor dotadas. Pero estos instintos guerreros, conservados y acumulados por la herencia, han llegado á ser una verdadera causa de destrucción, de carnicería y de ruina. Después de haber servido para crear la vida social, no son ya buenos más que para destruirla; después de haber asegurado el triunfo de la civilización, no trabajan con frecuencia más que para su pérdida. Aun cuando estos instintos no pongan en lucha á dos naciones, se manifiestan en la vida ordinaria, en ciertos individuos, por un humor querrelloso y batallador, que conduce á menudo á la venganza, al duelo y al asesinato.

Otro tanto pasa con el espíritu aventurero: las razas salvajes lo tienen en tan alto grado, que se lanzan á lo desconocido con la indiferencia de los niños. Sin duda, esto tiene todavía su puesto legítimo, aun en las civilizaciones más avanzadas, y sería para la humanidad una desgracia que desapareciese. No se puede negar, sin embargo, que este espíritu emprendedor é imprevisor, tan útil en su origen para abrir nuevos mundos al comercio, á los viajes, á la cien-

cia y al arte, ha llegado á ser entre ciertos individuos un manantial de vanas ó desastrosas agitaciones, únicas que el medio permite, tales como la pasión del juego, del agiotaje, de la intriga, la ambición egoísta y perturbadora de los conquistadores, sacrificando naciones enteras á sus caprichos.

No se puede encontrar un ejemplo más claro de la tenacidad de los instintos salvajes y de su tendencia á retoñar, que la narración siguiente que tomo de un viaje á las islas Filipinas:

«Lo que ha distinguido siempre á los salvajes de la Polinesia, es su pasión indomable por la libertad. Esta repulsión de los *negritos* (nombre dado á los salvajes de las Filipinas), para todo lo que pudiera someterles á un yugo ó regularizar su existencia, los hará siempre interesantes para los viajeros. Hé aquí un ejemplo de su amor por la independencia:

»En una batida dada en la isla de Luzón por soldados indígenas bajo las órdenes de un oficial español, se apoderaron de un negro pequeñito, de cerca de tres años... El cuál fué conducido á Manila. Un americano se lo pidió al gobernador para adoptarlo, y fué bautizado con el nombre de Pedro.

»Desde que tuvo edad para recibir alguna instrucción se hicieron esfuerzos para darle aquella que se puede adquirir en estos países tan lejanos. Los antiguos residentes de la isla que conocían el carácter de los negritos, se reían solapadamente al ver las tentativas hechas para civilizar á éste. Ellos predijeron que retornaría el joven salvaje, más tarde ó más temprano, á sus montañas. Su padre adoptivo, no ignorando las burlas de que era objeto su solicitud, se picó en su amor propio y anunció que conduciría á Europa á Pedrito. Le hizo visitar New-York, París y Londres, y no lo volvió á las Filipinas hasta después de dos años de viaje.

»Con esa facilidad de que la raza negra está dotada, Pedrito hablaba al volver, el español, el francés y el

inglés; no calzaba más que finas botas de charol, y todo el mundo recuerda en Manila todavía el aspecto digno de un gentleman con que recibía los primeros saludos de las personas que no le habían sido antes presentadas. Dos años apenas habían pasado desde la vuelta de Europa, cuando desapareció de la casa de su protector. Los burlones triunfaron. Jamás probablemente se hubiera sabido lo que había sido del niño adoptado por el filántropo *yankee*, sin el encuentro singular que tuvo un europeo. Un naturalista prusiano, pariente del célebre Humboldt, resolvió hacer la ascensión del Mariveles (montaña no lejana de Manila). Había alcanzado ya casi la cima del pico, cuando vió de repente delante de él una infinidad de negros pequeños... El prusiano se preparaba á dibujar algunos retratos, cuando uno de los salvajes se aproximó á él sonriendo, le preguntó en inglés si cononocía en Manila á un americano llamado Graham. Este era nuestro Pedrito. Contó toda su historia, y cuando la hubo terminado, fué en vano que el naturalista intentara convencerle para que se volviera con él á Manila (1).»

Se encuentra en las narraciones de los misioneros un gran número de hechos análogos. Así sucede algunas veces que las sociedades de misioneros adoptan jóvenes chinos de corta edad y los hacen educar con grandes gastos en los centros de enseñanza de Europa: vuelven al seno de su patria resueltos á propagar la religión cristiana. Apenas han desembarcado, el espíritu de la raza los recobra, olvidan sus promesas y pierden sus creencias cristianas; se diría que no habían abandonado jamás la China (2).

En suma, las consecuencias de la herencia nos han aparecido bajo una doble forma. Ora prepara el porvenir, haciendo posible por la acumulación de sentimientos simples la producción de sentimientos más

(1) *Revue des Deux-Mondes*, 15 Junio 1869.

(2) A. Réville, *Revue des Deux-Mondes*, 1.º Setiembre 1869.

complejos; ó bien retorna hacia el pasado trayendo formas de actividad sensitiva, naturales en otro tiempo, pero en desacuerdo ahora con el medio. Hay en el fondo del alma, ocultos en lo profundo de nuestro ser, instintos salvajes, gustos nómadas, deseos indomables y sanguinarios, que duermen, pero no mueren. Se parecen á esos órganos rudimentarios que han sobrevivido á sus funciones, pero que permanecen en los seres como un testimonio de la evolución lenta y progresiva de las formas de la vida. Y esos instintos salvajes que la humanidad ha desplegado otras veces, cuando vivía libremente en medio de los bosques y de las aguas, la herencia por una estravagancia que se nos escapa, las vuelve de vez en cuando, como para mostrarnos el camino que hemos recorrido.